

BARÓMETRO INTERNACIONAL*

VICTORINO PÉREZ
de la Redacción de Excélsior

Información y Propaganda:

Afirmase que el público está ahora mejor informado que en la época en que las cartas, los rumores transmitidos de boca en boca y el periódico local, eran prácticamente los únicos medios de enterarse de una mínima parte de lo que ocurría en el mundo.

Cítase en apoyo de esa afirmación el conjunto de diarios, revistas, estaciones de radio y de televisión, noticiarios cinematográficos y libros que derraman sobre el público un torrente de noticias. Pero no obstante tantos medios de información, protesta la minoría que conserva la facultad de dudar de la exactitud de cuanto se pretende que crea.

Es obvio que el número de sucesos que forman la cotidiana ración con que se alimenta a los habituados a “estar al corriente” es actualmente mucho más abundante que antaño. Sin embargo, suele pasarse por alto que la copiosidad misma de noticias, servidas en confusa mezcla, impide su digestión. Menos obvio es que los acontecimientos, que debieran revelar el rumbo señalado al mundo por quienes lo dirigen, llegan al público aderezados de infinitas maneras, según sea la fuente de donde procedan y el punto geográfico en que se encuentren los informados.

Por ejemplo, si algo inquietante ocurre en La Habana, o en cualquier otro de los ahora llamados “centros neurálgicos”,

* FORO INTERNACIONAL inicia con este número una nueva Sección. Intitulada “Barómetro internacional”, estará destinada a comentar los sucesos más sobresalientes dentro del trimestre anterior; a dar una idea cabal, aunque ligera, de aquellos sedimentos de la vida internacional que van quedando en el campo de la historia; a poner en relieve acontecimientos o desenvolvimientos que esconden decisivos elementos para el futuro desarrollo del orden internacional.

la noticia se extiende con rapidez; pero en su aspecto fundamental, es diferente en Nueva York y en Nueva Delhi y en ambos lugares distinta a la versión que circule en La Habana misma, versión que podrá apartarse más de la verdad que las que lleguen a los puntos lejanos.

Aplicado lo anterior a un despacho de prensa, parte del aderezo que altera el genuino sabor de la noticia lo añaden, consciente o inconscientemente, la "fuente" de que mane, el corresponsal que la trasmite, el periódico o la agencia informativa que la reciba, el redactor que la presente, con un encabezado llamativo y ajustado a inflexibles exigencias tipográficas y hasta el formador que la mutile, si no dispone de suficiente espacio para que aparezca íntegra.

Empleado el mismo condimento en otros medios de información, el procedimiento y los resultados son semejantes. Aun así, el que lee o escucha, si hace un pequeño esfuerzo, podrá formarse una idea aproximada de lo ocurrido. Lo más común es que no lo haga, y entonces acepta con indiferencia la versión que le llega. Como no se le informa acerca de una sola cosa, sino de mil, tiene que pasar de prisa de un asunto a otro, como los turistas que recorren el Louvre en una mañana y toda Europa en un mes.

En esa etapa no terminan las verdaderas tribulaciones del "hombre bien informado". Cuando la noticia es inocua, se permite que viva y muera sin adornos, pero cuando se teme que produzca un efecto contrario a lo que consideran conveniente los arquitectos de la opinión pública —como reconocidamente lo son los grupos de intereses particulares, las instituciones religiosas, las organizaciones obreras, los partidos políticos, los gobiernos y las alianzas internacionales—, tras la noticia surge una cauda de refutaciones, corolarios, interpretaciones y razonamientos que casi anula el contenido original del hecho y crea desorientación equiparable a la ignorancia absoluta.

Esa parte principal del aderezo de la noticia la suministra la propaganda, definida como la técnica de influir en el pensamiento y la conducta del público mediante la manipulación de representaciones habladas, escritas, pictóricas o musicales.

La técnica de la propaganda, empleada originalmente por la iglesia católica para la propagación de la fe y adaptada cerca de tres siglos después por los marxistas para extender sus ideas políticas, desde que terminó la segunda Guerra Mundial, ha asumido una importancia tal vez superior a la que tiene la concentración del poderío armado en dos grandes potencias, capaces por sí mismas de aniquilarse mutuamente. Así lo advierte a su pueblo el presidente Kennedy cuando dice:

... es ahora más claro que nunca que nos enfrentamos a una implacable lucha en todos los rincones del globo, que va más allá del choque de ejércitos o hasta del armamento nuclear. Existen grandes ejércitos, y también el armamento nuclear. Pero sirven principalmente de escudo, tras el cual la subversión, la infiltración y otras tácticas múltiples avanzan constantemente, seleccionando, una por una, zonas vulnerables y situaciones que no permiten nuestra propia intervención armada.

En efecto, la propaganda de la Unión Soviética y la de Estados Unidos son las principales armas de la guerra fría.

A la propaganda acertada debe Rusia las ventajas gratuitas que ha obtenido desde 1945, y también a ella debe Estados Unidos su éxito parcial en su esfuerzo por contener el avance comunista. A la propaganda insuficiente, mal dirigida o decididamente nociva, obedecen algunos de los más sonados fracasos de uno y otro bando. Suele ocurrir que cuando en un mismo episodio internacional la propaganda es mala de ambos lados, el desprestigio se divide de manera equitativa.

La propaganda rusa, repetimos, ha servido de modo admirable a Moscú para la consecución de su inflexible política exterior, invariable desde la Revolución de Octubre. Hoy, como en los tiempos de Lenin, la Unión Soviética persigue la destrucción del sistema capitalista y el establecimiento paulatino de regímenes dispuestos a reconocer la hegemonía del Kremlin. La única diferencia la encontramos en que hace cuarenta años los bolcheviques creían que para levantar su mundo era imprescindible arrasar el de sus enemigos, en tanto que ahora la teoría de la inevitabilidad de la guerra entre el capitalismo y el comunismo la sustenta sólo Mao Tse-tung.

Nikita Jrushchov ve las cosas con el optimismo que le inspira la larga serie de conquistas casi incruentas, consumadas por la URSS en menos de cinco lustros, por los métodos que Kennedy denuncia.

Hablando hace poco en Tiflis, cuna de Stalin, Jrushchov dejó entrever así la confianza inmensa que siente en la propaganda:

Repito que no necesitamos la guerra para lograr la dominación de nuestras ideas, que son las más progresistas del marxismo-leninismo. La guerra trae únicamente perjuicios... Alcanzaremos la victoria, porque otros pueblos seguirán nuestro ejemplo.

Si esto se interpreta como propósito soviético de imponer en otros pueblos el comunismo por medio de las armas psicológicas y sin la necesidad de provocar la guerra total, la lista de lo ya logrado justifica que el primer ministro ruso conciba tan ambiciosas miras: Estonia, Letonia, Lituania, Prusia Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Albania, Hungría, Islas Kuriles, Sajalín, Mongolia Exterior, Vietnam Septentrional... y ahora Cuba y quizás también Laos. ¿En cuál de esas situaciones se ha permitido “nuestra propia intervención armada”?

En la promoción de un fin tan rígido como el establecimiento de la hegemonía soviética, Moscú emplea medios flexibles, que hacen mella en grupos tan heterogéneos, por ejemplo, los formados por obreros franceses o italianos, campesinos turcos o coreanos, intelectuales indios o brasileños, oportunistas egipcios o ecuatorianos, estudiantes japoneses o argentinos, líderes laosianos o bolivianos, iluminados congoleños o cubanos.

La gama de la propanganda rusa extiéndese desde la muy chillona —y quizá por ello tan seductora para las “masas”— de achacar todos los males del mundo al capitalismo norteamericano, hasta la más sutil de propugnar la “coexistencia pacífica”, deificar la “paloma de la paz” y condenar las detestables maniobras de los “traficantes de la guerra”, al mismo tiempo que la diplomacia soviética asume actitudes intransigentes dondequiera que se intenta aliviar la tirantez y que

Jrushchov, frente a sus propias cajas de resonancia y las que Occidente le suministra, anuncia un día el Apocalipsis y al día siguiente prescinde de la guerra como instrumento eficaz de extensión universal del comunismo.

Entre los extremos del arcoíris de la propaganda soviética se entremezclan los tintes de la subversión, que es el debilitamiento de la lealtad de los pueblos hacia sus respectivos gobiernos, por medio de cuñas que introducen pequeños grupos de sus propios nacionales, y de la infiltración, desde la directa y combativa, hasta la indirecta y melosa, de apoyo de causas ajenas, con el ánimo de dividir para conquistar. La labor de avivar esos matices la desempeñan especialistas, divididos en organizaciones autosuficientes: bandas de guerrilleros, partidos locales, representaciones diplomáticas, misiones culturales, etc.

Añádase a esa diversidad de tonos su carácter repetitivo, copia fiel de la técnica de la Gran Mentira, empleada por Hitler, y el efecto general será de adormecimiento, que es lo que se busca para obtener a bajo precio lo que de otra suerte costaría mucho.

Cuando los fatigados espectadores del calidoscópico espectáculo de la propaganda rusa entreabren los ojos, en un débil esfuerzo por despejar la mente, rara vez advierten la gradación más roja que los ciega.

Para contrarrestar ese efecto paralizador, Estados Unidos recurre a técnicas muy semejantes a las soviéticas. Al igual que los rusos, achaca todos los males del mundo a la ideología y la insidia de sus rivales, e insiste también en que les interesa, más que ninguna otra cosa, el bienestar del género humano, que se logra únicamente por el camino que ellos han trazado. Ese bienestar material se presenta como la refutación total de la filosofía materialista del comunismo; y el alto nivel de vida alcanzado por el pueblo estadounidense, como consecuencia lógica del sistema capitalista.

Los mayores esfuerzos de la propaganda norteamericana se dirigen hacia la consolidación de un "mundo libre" capaz de presentar un frente unido contra el comunismo. Presupónese sencilla dicotomía entre libertad y esclavitud, pero, en la prác-

tica, surgen dificultades cuando no todos aceptan el término "libertad" como sinónimo de apoyo incondicional a la política exterior de Washington.

Esa política, a causa de la índole misma de la democracia, que consagra el derecho de hacer valer puntos de vista opuestos a los oficiales, no puede ser ejecutada con estricto apego a un plan capaz de producir de manera invariable resultados satisfactorios, ya que tiene que ir precedida de sondeos entre varios grupos selectos, cada uno de ellos con puntos de vista propios. Esos grupos aplican presión constante en el gobierno, para que éste siga o rechace determinada línea de conducta. A ello obedece el que, cuando surge un problema grave no previsto, o estudiado insuficientemente, el gobierno obre con demasiada premura, para que las censuras sean fútiles ante un hecho consumado. En ambos casos, el organismo de la propaganda se entorpece.

Los frecuentes descalabros de la propaganda de los Estados Unidos no pueden atribuirse al desconocimiento de las técnicas de persuasión, que en cuestiones políticas son casi las mismas que en la promoción mercantil. Es una verdad trillada que la propaganda comercial norteamericana es excelente. ¿Por qué, entonces, la propaganda política de los Estados Unidos carece de vigor y en ocasiones es contraria a los intereses del país y de sus aliados?

Una de las razones la apuntamos ya, al mencionar las limitaciones que impone a un gobierno el respeto a las normas democráticas. Esas limitaciones no existen en los regímenes totalitarios, en los que la opinión pública se manifiesta sólo como eco de lo ya decidido y ejecutado por la autoridad.

Así, pues, cuando lo que se persigue con la propaganda es exaltar el derecho de diferir, el de sostener la dignidad humana y el de oponerse a todo intento de anulación del individuo por el Estado, las aparentes limitaciones democráticas transfórmense en ventajas, siempre que se prescinda de las medias tintas, las verdades a medias y las ocultaciones de conveniencia inmediata y se escoja la verdad escueta como único ingrediente de la técnica de persuasión.

Un ejemplo notable de este procedimiento lo hallamos en la forma como se preparó, ejecutó y relató el vuelo del astronauta norteamericano Alan Shepard. La hazaña, aunque posterior a la del cosmonauta Yuri Gagarin y no tan sensacional como la soviética, causó impresión magnífica en todo el mundo, porque fue realizada a la luz del día y retuvo el timbre de lo auténtico. La proeza fue tan limpia que hasta los mismos propagandistas soviéticos moderaron su impulso inicial de restarle mérito.

El efecto que produce la verdad demostrable lo sintetiza este comentario de Leonard J. Carter, Secretario de la Sociedad Interplanetaria Británica:

Los norteamericanos hicieron las cosas como deben hacerse. A diferencia de los rusos, nos permitieron a todos participar en la fantástica aventura. Yo sentí como si me hallara en la cápsula...

Edward W. Barret, en su autorizado estudio *Truth Is Our Weapon* explora las posibilidades que ofrece la verdad como cimiento de la propaganda y da la clave de su venturosa aplicación:

En la lucha por la conquista de la mente de los hombres, la verdad puede ser un arma peculiarmente norteamericana. No un arma aislada, porque la propaganda de la verdad es potente sólo cuando va unida a una conducta y a una política concretas...

Para que un producto satisfaga no necesita ser perfecto. De hecho, la perfección es ajena a las empresas humanas. Si la democracia, como la conciben y la propugnan los norteamericanos, no es de aplicación universal, puede sin embargo servir de materia prima para edificar algo que abrigue y que admita mejoramiento; pero esa materia prima, si no ha de desmoronarse, necesita tener solidez aproximada a la de la verdad.

Castro y América

Como resultado del torpe intento de invasión de Cuba, la estrella de Fidel Castro tiene ahora fulgores que antes del 17

de abril había perdido. Queda aún por verse si su régimen dispondrá de los enormes elementos necesarios para mantener vivo este nuevo resplandor.

El aniquilamiento de los reclutas del Consejo Revolucionario dio a Castro la ocasión, que tanto necesitaba, de hacer limpieza general de los elementos más peligrosos de la oposición interna. También le permitió demostrar a la masa ignara —espinas dorsales de su revolución— cuán perspicaz había sido al dedicar parte considerable de los muy limitados recursos de la isla a la adquisición de tanques, aeroplanos, rifles y cañones europeos, con su indispensable complemento de consejeros e instructores del bloque comunista.

Pero el éxito militar, logrado por la superioridad de las armas y de los cerebros importados, en nada ha contribuido a aliviar la situación económica de Cuba, en donde escasean cada día más los artículos necesarios para que el pueblo, por frugal que sea, permanezca dócil.

Suelen ser efímeros los efectos animadores de las inyecciones de oratoria encendida, gestos teatrales, humillación pública de los vencidos y desfiles heroicos, cuando quienes sienten en sus venas esas drogas carecen de lo estricto. Aunque el Libro de Samuel no lo dice, se sobreentiende que David, después de degollar a Goliat, comió hasta saciar su hambre de pastor.

El desastre del pantano de Jagüey Grande afecta más a toda América que al futuro inmediato del Primer Ministro cubano. La ficción de que Washington no intervino en la invasión de Cuba, fue insostenible. No cabe la idea, ni en las mentes más poéticas, de que mil quinientos hombres puedan derramarse en una playa, surgidos de la espuma del mar. Desde muchos días antes del frustrado ataque, algunos diarios y revistas norteamericanos informaron de dónde partirían los invasores y revelaron múltiples pormenores más.

Esa exposición de lo evidente —precio de la libertad de expresión— no habría levantado clamor implacable contra el gobierno de Washington, si el intento de derrocar al dictador cubano hubiese sido venturoso. Pero fracasó en cuarenta y ocho horas, terminó en un patético “sálvese el que pueda”,

sorprendió a todo el mundo, inclusive a Castro y, lo peor de todo, señaló como responsable de la derrota al plan inepto de un organismo tan augusto como la Central Intelligence Agency (CIA), que dispone de decenas de miles de expertos y de recursos amplísimos.

Si todo hubiese sido obra de novatos, como pueden ser considerados Tony Varona, José Miró Cardona, Manolo Ray y los demás miembros del Consejo Revolucionario, formado apresuradamente unos cuantos días antes del desastre, las explicaciones habrían sobrado; pero como el plan de ataque lo preparó el organismo creado por el Congreso de los Estados Unidos en 1947 para "correlacionar y valorar los informes reunidos por los servicios militares de inteligencia y aconsejar... al Consejo Nacional de Seguridad", partiéndose del supuesto que su eficacia era perfecta y su realización infalible.

Al conocerse los errores cometidos, entre ellos creer que a Castro no le quedaban ya aviones y dar por hecho que el pueblo se rebelaría contra su opresor, aunque estuviese inerme, y los milicianos defeccionarían, se alzó un clamor inmenso, mezcla de incredulidad y de horror, que hizo de la aventura, no un revés de los insurgentes, sino una catástrofe norteamericana.

En la Bahía de Cochinos Washington cometió el único pecado imperdonable: el de no triunfar. Consecuencia inevitable de ese yerro, tolerado sólo a los débiles, fue la pérdida de prestigio, más entre amigos que entre enemigos. Éstos se regocijaron, para lo que estaban preparados por muchos años de propaganda; aquéllos quedaron consternados, para lo que la propaganda no los había preparado.

En Iberoamérica, la reacción inicial fue una mezcla de sorpresa, ante el espectáculo de un minúsculo bravucón que increpa, veja y rechaza impunemente al "Coloso", y de preocupación porque ese autonombrado paladín de la "autodeterminación de los pueblos" no obra por cuenta propia ni, como lo pretende, en defensa de la libertad de su país y del Continente, sino como instrumento de otro Coloso, mucho más temible que el del Norte, que se ha introducido en Cuba con el ánimo declarado de extender desde allí su dominio por el

fértil campo de otros veinte países jóvenes, muchos de los cuales buscan aún a tientas su destino.

La perspectiva de que América Indohispana se transforme por etapas en un racimo de satélites soviéticos no puede entusiasmar ni a los gobernantes ni a los pueblos americanos de tradición liberal. Sin embargo, tampoco les entusiasma la pálida versión de una democracia construida sobre la arena de la miseria, en lugar de estarlo sobre sólidos cimientos económicos, que soporten el peso de la justicia social.

Desde el 1º de mayo, día en que Castro proclamó el estado socialista en Cuba, dijo que eran innecesarias las elecciones populares y aceptó con orgullo el Premio Lenin de la Paz, se ha operado notable cambio en el sentir de los ultraliberales de todo el Continente, que conservaban la esperanza de que el Movimiento 26 de Julio pudiese avanzar por sí mismo, aunque fuese con tumbos. Decepción inmensa les produjo el retoño que después de arañar a su odiada niñera puso de relieve su invalidez al entregarse en brazos de otra ama mucho más exigente y autoritaria. Si ésa es la liberación que ofrece, sólo entre ciegos podrá hacer émulos.

Las primeras manifestaciones de la decepción causada por Fidel Castro hállanse en los discretos saltos de algunos de sus más decididos simpatizadores, desde el terreno fangoso de "Cuba sí, yanquis no" hasta el más seco y cómodo de "no intervención". El ministro brasileño de Relaciones declaró, poco después de la proclamación de la República Socialista de Cuba, que si verdaderamente se pretende transformar a la isla en democracia del pueblo, tipo comunista, Brasil modificará su actitud complaciente. Del apoyo de Janio Quadros y de José María Velasco Ibarra, de Ecuador, se había aprovechado Castro para hacer creer a los cubanos que "no se hallaba solo".

Nunca podrá hallarse solo, porque independientemente de sus excesos y desatinos, ha provocado una situación peligrosa que afecta a toda América, en forma tal, que no es posible resolverla por el simple expediente de pronunciarse en favor o en contra de Cuba. Urge una solución continental, más de tipo económico que político.

Washington parece haber llegado, por fin, al convencimiento de que Cuba es el punto en que ha madurado la pústula de América, de ramificaciones que se extienden hasta los orígenes de la nacionalidad; y de que ese padecimiento, provocado principalmente por la desnutrición y los anhelos insatisfechos de verdadera evolución social, no puede desaparecer definitivamente por medio de punciones sangrientas, sino a través del robustecimiento de todo el organismo.

De ahí que no se esperen grandes resultados de la junta especial de ministros de relaciones de los países de la Organización de Estados Americanos, que Washington propone, para que reafirme la validez de la Declaración de Caracas, por la que los miembros de la OEA se comprometieron a tomar providencias conjuntas contra la penetración comunista. De ahí también que se abriguen más esperanzas de lo que pueda lograr la conferencia de los ministros de hacienda de los países de la OEA, que se efectuará a mediados de julio en Montevideo. En esa reunión se estudiará en conjunto el problema de la pobreza en el Continente y se intentará decidir la forma de administrar la primera inyección de desarrollo social, que consiste en el fondo de 500 millones de dólares ofrecidos por los Estados Unidos en la conferencia económica de Bogotá, en 1960.

Si, como lo subraya Washington, Castro es un veneno, porque personifica al comunismo en América, entonces el antídoto obvio es el fomento firme del progreso económico y del mejoramiento social del Continente entero. Cualquier otro remedio sería contraproducente.

Bipolaridad y Neutralismo

¡Cuán alejados nos hallamos ya de las ideas políticas prevaletcientes hace sólo treinta años!

El encumbramiento de Hitler y Mussolini, el baño de sangre de la segunda Guerra Mundial, el ominoso signo del hongo atómico, el surgimiento de la Unión Soviética como potencia de primera fila, la paz armada que se ha sostenido penosamente desde la derrota militar del Eje y el espectro de una tercera conflagración mundial, en la que no puede haber

vencedores ni vencidos, sino aniquilamiento universal, han modificado radicalmente el concepto clásico de la política exterior, que hasta 1939 seguía definiéndose y aceptándose como la manifestación oficial del nacionalismo.

Ahora, ante la constante repetición de hechos que señalan la inaplicabilidad de soluciones locales a problemas globales, atraen más interés, provocan mayor preocupación y obligan a sometimiento ineludible las maniobras políticas, diplomáticas y bélicas de los dos bandos antagónicos que luchan por la hegemonía universal.

Para bien o para mal, han perdido casi todo su significado conceptos tan limitativos como "política exterior nacional", "independencia", "soberanía", "autodeterminación". Sostienen todavía esas ficciones porque su abandono repentino produciría sacudimientos temibles, pero sin convicción y siempre con resultados efímeros.

Por ejemplo, la política exterior de Finlandia, aunque la determine el gobierno de Helsinki, no el de Moscú, necesariamente perseguirá el mantenimiento de relaciones cordiales con su potente vecino soviético y la discreta conservación de antiguos lazos de amistad con los países de Occidente, para satisfacer las inclinaciones nacionales y, al mismo tiempo, para salvaguardia. Cualquier otra política sería suicida.

"Independencia", en su sentido pleno, es término difícilmente aplicable a un país como Sudcorea, que existe gracias a los subsidios de los Estados Unidos, concedidos con el propósito de apuntalar una muralla contra la penetración comunista en toda la península. John M. Chang podrá derrocar al régimen corrupto de Syngman Rhee y el general Chang Do-Young al gobierno ineficaz de Chang, pero quienquiera que gobierne en esa república no podrá hacer caso omiso de los 250 millones de dólares de ayuda anual norteamericana, que constituyen la decisiva realidad del país. Más dependiente aún que Sudcorea es Formosa.

La "soberanía" de Mongolia Exterior tiene como único significado un voto más para la Unión Soviética en las Naciones Unidas.

"Autodeterminación" es palabra de muchas sílabas y de

pocos alcances en los países libres, independientes y soberanos que ajustan su presupuesto y, por lo tanto, su desarrollo económico y cultural, a los productos de un solo cultivo o de un número muy limitado de materias primas, que colocan invariablemente en el mismo mercado exterior.

Así, pues, casi sin darse cuenta de ello, el sector no inerte de los pueblos que se agrupan bajo cien banderas distintas ha ido absorbiendo los fundamentos de la nueva política internacional y resignándose, casi siempre a regañadientes, a que la brújula de sus caudillos o instituciones locales apunte hacia uno de los dos rumbos magnéticos. Sabe ya, o sospecha, que el mundo de la postguerra se asemeja a un imán, cuyos polos —los Estados Unidos y la Unión Soviética— se rechazan entre sí.

Creada de esa manera la bipolaridad, quedan sujetas a ella todas las demás naciones del mundo, en mayor o menor grado, según la posición geográfica y económica que ocupen y el material humano de que estén formadas.

La bipolaridad se hizo manifiesta en 1947, al abandonarse las esperanzas de conciliar las divergentes aspiraciones del comunismo y del capitalismo, y de formar, en torno de la recién creada Organización de las Naciones Unidas, un mundo idílico de paz, orden y estabilidad. El sistemático “*nyet*” ruso fue el toque de reunión de los países sujetos a Moscú, que habrían de formar el sólido bloque soviético. La respuesta a ese reto fue un obligado “No” de los Estados Unidos, que habría de conducir a la rápida formación del bloque del “mundo libre”.

Fijados los dos extremos, la bipolaridad fue acentuándose hasta ser casi absoluta de 1950 a 1953, durante la indecisa guerra de Corea. Vino después un periodo de tanteos, pequeñas rectificaciones y nuevos desengaños, que terminó en la Conferencia Cumbre de julio de 1955, efectuada en Ginebra. En esa asamblea, Nikita Jrushchov, a la sazón jefe del Partido Comunista de la Unión Soviética, a través de las palabras que puso en labios del Primer Ministro Bulganin, hizo concebir en Occidente renovadas esperanzas de verdadera paz. El “espíritu de Ginebra”, nacido de la promesa bilateral de

Eisenhower y Bulganin de no recurrir a la guerra mientras ellos encabezaran a sus respectivos gobiernos, murió de muerte violenta en 1956, cuando Moscú amenazó con fulminar a la Gran Bretaña y a Francia si no retiraban sus fuerzas de la zona del Canal de Suez y, al mismo tiempo, fulminó con sus tanques a los patriotas húngaros, en las calles de Budapest.

Desde entonces, la bipolaridad se ha debilitado, con el surgimiento del Neutralismo, que ha encontrado adeptos tanto entre gobiernos como entre pueblos, quizá porque ofrece la posibilidad de resucitar el clásico sistema multilateral.

El neutralismo representa un terreno intermedio, relativamente libre del magnetismo de los dos polos opuestos, que permite a quienes lo ocupan aprovechar las altas y bajas de la prolongada lucha entre los dos bandos rivales, para obtener indistintamente de uno y otro ciertas ventajas, sin la necesidad de contraer compromisos paralizadores. Neutralismo, por lo tanto, dista mucho de ser sinónimo de Neutralidad. La neutralidad presupone abstención absoluta de todo acto o de toda actitud que pueda interpretarse como favorable o contraria a cualquiera de los dos elementos de la bipolaridad.

Ningún estado moderno, grande o pequeño, potente o débil, apartado o accesible, puede permitirse el lujo de ser absolutamente neutral. La sola excepción, que confirma la regla, quizá sea Suiza. Pero ni aun la Federación Helvética podría sostener durante mucho tiempo su tradicional neutralidad si no contara con garantías explícitas y tácitas de apoyo ilimitado, por parte de todas las potencias mayores. Su neutralidad será respetada mientras sea conveniente y mientras la consecución de los fines de una potencia agresora no exija la ocupación de su territorio. En el caso de los demás países que pretendieran ser completamente neutrales, es obvio que podrían proclamar su neutralidad, pero igualmente obvio que no podrían sostenerla, a menos que se resignaran a un aislamiento sofocante y ruinoso.

El neutralismo es un concepto dinámico, que presupone relativa libertad de acción política, según convenga a los inte-

reses nacionales inmediatos y en la medida que se ajuste al concepto oficial de lo que es justo, razonable, prudente, o simplemente práctico.

Exponente principal y figura máxima del neutralismo es Jawaharal Nehru, quien desde 1951 ha señalado a la India un rumbo propio, por el cual, a través de la mediación y el acomodamiento su país desempeña papel de gran potencia. Su oposición invariable a todas las manifestaciones del imperialismo, tanto occidental como soviético, herencia de la época en que la India fue colonia inglesa, es otra de las características de la neutralidad de Nehru.

La India fue la inspiradora del bloque árabe-asiático y la primera nación del grupo original del "mundo libre" —así clasificada por pertenecer a la Comunidad Británica— que mostró en la ONU profunda desconfianza de los designios de Occidente. Sin embargo, fue la India también la que secundó con más vigor a los Estados Unidos en su demanda de retiro de las fuerzas invasoras del Canal de Suez, en 1956, y la que condenó, con energía semejante a la de los demás países no comunistas, la supresión soviética de la revolución húngara. Posteriormente, reaccionó con cierta debilidad ante la invasión china de Tibet, y con prudencia desconcertante, seguida de firmeza, cuando los soldados de Peipín hicieron incursiones en su frontera septentrional.

Aunque periódicamente se expresan dudas acerca del significado de los zigzagueos de la línea neutralistas de Nehru, las recientes dificultades de la India con China y la cuantiosa ayuda económica y técnica norteamericana que recibe el gobierno de Nueva Delhi del de Washington para la realización de su Segundo Plan Quinquenal —ayuda que sobrepasa en mucho a la de la URSS— hacen presumir que la brújula de Nehru apunta más bien hacia el polo occidental.

Aunque con menor nitidez que la figura de Nehru, se destaca en el campo neutralista la del Mariscal Tito, de Yugoslavia, país tan comunista como cualquiera de los del bloque soviético, pero con la diferencia de que su jefe se ha rebelado contra la doctrina de que Moscú, y sólo Moscú, es la

verdadera fuente de la ideología marxista, y ha creado su propia doctrina de comunismo nacional.

La actitud independiente de Tito obedece a varios factores: las fuerzas soviéticas no ocuparon territorio yugoslavo durante la última guerra; Tito asumió el poder antes que cualquiera otro de los jefes comunistas de Europa Oriental y alcanzó sus primeros propósitos sin la ayuda soviética; y su expulsión de la Cominform, en 1948, la motivaron divergencias, no con el dogma leninista, sino con Stalin, quien pretendía subordinar al Mariscal a los dictados del Kremlin. En 1955, Tito obtuvo su mayor triunfo político, cuando Jrushchov y Bulganin hicieron la peregrinación a Belgrado para tratar de reconciliarse con él, lo que no lograron en forma convincente, aunque mostráronse contritos por las culpas del finado georgiano.

La neutralidad de Tito parece ser menos sincera y más estudiada que la de Nehru. Propugna la paz y se opone a los bloques militares. Su actitud hacia Occidente parece ser de desdénso reconocimiento de favores recibidos. Indudablemente, la ayuda que ha estado recibiendo de Occidente desde que rompió con Rusia ha contribuido mucho a que se mantenga fuerte. Sin embargo, su cooperación diplomática, económica y militar con el "mundo libre" ha sido casi nula. En las Naciones Unidas, Yugoslavia vota contra la Unión Soviética o contra Occidente, según lo demande la ocasión. Empero, la brújula de Tito apunta hacia Moscú, más por afinidad electiva que por necesidad.

Otros líderes neutralistas han imitado las tácticas de Nehru y de Tito, e introducido variaciones propias, que les han proporcionado ventajas inmediatas concretas en forma de concesiones, empréstitos, convenios mercantiles, así como la ventaja intangible, pero igualmente importante, de acrecentar su prestigio fuera y dentro de sus dominios. En ese grupo figuran Sukarno, de Indonesia, Nasser, de Egipto, U Nu, de Birmania y Ali Mohammed Saud Khan, de Afganistán. Las brújulas de todos ellos señalan un rumbo más económico que político. Como lo expresan sus inevitables críticos, de

un polo a otro, "están dispuestos a entregarse transitoriamente a quien ofrezca más".

En América ha surgido últimamente un aspirante a neutralista en la persona de Janio Quadros, nuevo Presidente del Brasil, quien en reiteradas ocasiones, y muy especialmente en lo concerniente al problema de Cuba, ha manifestado la decisión de obrar con absoluto apego a la interpretación que dé a los tratados, al interés nacional y al Derecho Internacional. Pero la brújula del mandatario brasileño no se ha asentado aún. Sus variaciones son demasiado bruscas y frecuentes para señalar una tendencia. Quadros es todavía una incógnita hasta para los brasileños.

Pese a tanta incertidumbre, es indudable que el neutralismo representa ya una "tercera fuerza" moderadora, o modificadora, del dominio de las únicas dos Grandes Potencias que quedan en el mundo. Aunque hasta ahora no existe cohesión absoluta entre sus miembros —sus mismas aspiraciones independientes lo impiden— vislúmbrase el día en que esa fuerza sea lo suficientemente potente para neutralizar a las que ahora empujan en direcciones opuestas y logran así la estabilidad, o bien para desbaratar la polaridad y crear un desequilibrio tan marcado que conduzca al caos.